

ochenta y tres hombres y trescientos caballos.

Poco despues, el general Averill salió del condado de Randolph á la cabeza de un fuerte destacamento, y encaminándose hácia Lewisburg y White Sulphur-Springs, encontró en este último punto una fuerza de separatistas igual á la suya al mando del general Jones y del coronel Patton, los cuales habian elegido una fuerte posicion en un desfiladero protegido por elevadas montañas. Á pesar de la desventaja, Averill atacó resueltamente al enemigo y se trabó un reñido combate que duró muchas horas, hasta que el jefe unionista, cuyas municiones se agotaban ya, tuvo que tomar el partido de retirarse, dejando un cañon en poder de sus contrarios. La pérdida de los federales en esta refriega figuraba por doscientos siete hombres entre muertos y heridos, en cambio de los cuales se llevaron ciento diez y siete prisioneros.

Algun tiempo despues, el general Averill volvió á salir de Beverly con cinco mil hombres, y despues de rechazar á un destacamento de confederados á las órdenes del coronel Mudwall, atacó en 6 de noviembre al general Echols, que ocupaba una fuerte posicion en Droop, condado de Greenbrier, y á quien desalojó, no sin que mediase una encarnizada refriega, persiguiéndole luego hasta el condado de Monroe. Las pérdidas se redujeron á ciento veinte hombres, y en cambio se cogieron cien prisioneros, tres cañones y setecientas armas de todas clases; los separatistas tuvieron al menos doble número de bajas. Esta fué la última expedicion por entonces en la Virginia Occidental, pues á poco, y al terminarse la campaña, quedó el territorio completamente libre de separatistas, los cuales no era de esperar volvisen á turbar la tranquilidad del pais.

## APÉNDICE AL CAPÍTULO XIV.

### BATALLA DE GETTYSBURG.

EXTRACTO del diario de M. X..., coronel al servicio de Su Majestad Británica, y que por orden superior presenció las operaciones de la campaña de Pennsylvania y Maryland.

JUEVES 25 DE JUNIO.—Nos despedimos de la Sra. X... y de su familia en Winchester, donde se nos habia hecho la mejor acogida, y nos pusimos luego en camino con la esperanza de reunirnos con los generales Lee y Longstreet, los cuales debian cruzar el Potomac por Williamsport. Á eso de las diez de la mañana, cuando apenas habiamos recorrido algunas millas, vimos pasar cerca de nosotros á una porcion de habitantes con sus ganados, que huian de Pennsylvania á consecuencia de una escursion del general Ewell; el tiempo, que habia refrescado, anunciaba lluvia, y como esto nos hizo apresurar el paso, bien pronto alcanzamos á la division Mc Law, que formaba parte del cuerpo de ejército de Longstreet. Mi caballo comenzaba á fatigarse, asi como tambien el de mi compañero Mr. Lawley, y á fin de que descansaran, desmontamos en una pradera y fuimos á ver cómo desfilaban las dos brigadas á lo largo del camino. Si mal no recuerdo, iban al mando de Semmer y Barksdale; todos aquellos soldados, naturales en su mayor parte de Georgia, de Mississippi y de la Carolina del Sur, marchaban con paso firme; su equipo era mucho mejor que el de las tropas de Johnston, y detrás de cada regimiento iban varios soldados sin armas y treinta ó cuarenta esclavos negros, los cuales llevaban camillas, reconociéndose, por la escarapela encarnada de los primeros, que pertenecian al cuerpo de sanidad militar, excelente institucion, merced á la cual se cuida con la mayor asiduidad á los heridos en los combates y batallas. Á cada brigada, compuesta de dos mil ochocientos hombres, seguian unos veinte furgones, en muchos de los cuales se veia la marca U. S.; la division Mc Law se componia de cuatro brigadas, y los soldados parecian muy alegres, pues á cada momento oíanse resonar sus gritos y aclamaciones.

Á eso de las seis de la tarde llegamos á Martinsburg despues de haber recorrido una distancia de veintidos millas, pero algun tiempo antes, no pudiendo ya mi caballo sostenerse, tuve que desmontar y caminar á pié un gran trecho. Martinsburg y toda aquella parte de Virginia pertenecen al Norte por sus opiniones políticas, lo cual no impidió que las mujeres aclamaran á su paso á la division Mc Law, y esto me induce á creer que al dia siguiente hubiesen hecho lo mismo con las tropas del Norte.

Á tres millas mas allá de Martinsburg se hallaban en tan mal estado nuestros caballos, que nos fué preciso pedir hospitalidad á un habitante de aquel punto, unionista de corazon, segun nos lo hizo comprender de varios modos, y á falta de otra cosa mejor, dejamos nuestras monturas en la pradera durante la noche, lo cual era algo espuesto, pues los soldados del ejército separatista, á pesar de sus buenas cualidades, no dejan de ser muy amigos de apropiarse los caballos que encuentran, pudiendo decirse que lo tienen ya por costumbre.

VIERNES 26 DE JUNIO.—Me levanté al amanecer y quise asegurarme si nuestros caballos se hallaban en la pradera; á pesar de la lluvia, acerquéme á examinarlos y me convencí de que estaban en tan mal estado como la vispera, y como por otra parte Mr. Lawley se hallaba indispuerto y no quiso ponerse en marcha mientras lloviera, resolvimos quedarnos, con gran disgusto de nuestro patron. Sin embargo, cuando le dijimos que se le pagaria con oro, y no con papel del Sur ó *greenbacks* (\*), se hizo mas amable de repente y nos trajo algunos alimentos para almorzar. Entre tanto pasó la division Mc Law por delante de la casa, pero era tal la disciplina de las tropas, que no cometieron ninguna violencia.

Habiendo aclarado un poco el tiempo á eso de las dos de la tarde, volvimos á ponernos en camino, mas por desgracia

(\*) Billetes de Banco de los Estados-Unidos que tienen el dorso verde.

las circunstancias no eran nada favorables para conseguir nuestro objeto: Lawley no podía apenas soportar el movimiento de su caballo, que estaba muy estropeado y había perdido una herradura, y en cuanto al mío, hallábase poco mas ó menos lo mismo, pues me costó mucho trabajo salir del terreno pantanoso que debíamos recorrer. Al poco tiempo habíamos adelantado á la division Mc Law, y despues de una marcha de nueve millas y media, llegamos al fin á la orilla del Potomac hácia las cinco de la tarde: el rio es ancho y profundo por aquel sitio, y el atravesarlo nos costó un buen baño de piernas, pues no podíamos sostenerlas fuera del agua.

Apenas llegados á Williamsport, pequeña poblacion de Maryland, situada en la orilla opuesta, tuvimos el disgusto de saber que los generales Lee y Longstreet habian marchado á las once de la mañana, y por consiguiente nos vimos obligados á continuar nuestro camino hasta Hagerstown, que distaba seis millas. Bien pronto pudimos conocer las opiniones que profesaban los habitantes de aquel punto: todas las casas permanecian cerradas y hubiérase dicho que muchas se habian abandonado; algunos se acercaron á ver las tropas, mas era fácil leer en sus fisonomias el descontento que les causaba aquel espectáculo.

Á pesar de haber atravesado la ciudad no pudimos obtener noticia alguna cierta acerca de la direccion que seguian los dos generales, y ya desesperábamos de encontrar dónde alojarnos, cuando al fin, á eso de las nueve de la noche, rendidos de fatiga, entramos en la casa de un holandés, que solo á la vista del oro accedió á ser un poco tratable, pues inútil era decirle que éramos viajeros ingleses. Aun cuando habíamos recorrido diez y siete millas aquel dia, y tenia hinchados los piés, no me quité las botas porque no tenia mas par que aquel y no estaba seguro de encontrarlo en su sitio al dia siguiente.

SÁBADO 27 DE JUNIO.—Lawley estaba tan malo que le fué imposible continuar su viaje, y en su consecuencia utilicé su caballo para dar una vuelta por los alrededores antes de salir el sol. Quería yo averiguar por dónde iban los dos generales, y por fin, despues de haber recorrido ocho millas, alcancé al general Longstreet á eso de las seis y media de la mañana, en el momento que se disponia á continuar su marcha. Cuando hube dado á conocer mi nombre y circunstancias, el general y su estado mayor se apresuraron á complacerme en todo, y el primero envió al momento una camilla á Lawley á fin de que lo trajeran cuanto antes, empeñándose asimismo en que fuese su convidado durante toda la campaña. Longstreet me dijo entonces una cosa que yo ignoraba, es decir, que estábamos en Pennsylvania y en pais enemigo, habiéndoseme advertido además que por los bosques contiguos andaban muchos tiradores enemigos que disparaban sobre los rezagados, y que por esto era peligroso viajar solos como nosotros lo hacíamos.

El general Longstreet, natural de Alabama, es de estatura baja pero robusto, y tiene cuarenta y tres años; antes de la guerra era mayor de infantería, y en la actualidad manda el primer cuerpo de ejército del Sur. Longstreet está en relaciones íntimas y continuas con el general en jefe, que le

aprecia mucho, y entre los soldados se le considera como uno de los guerreros mas valientes que tomaron parte en aquella memorable campaña.

Al hablar sobre su entrada en pais enemigo, díjome el general que aun cuando estaba en su derecho el tomar represalias y devastar el pais incendiándolo, no lo haría porque esto desmoralizaba á las tropas, perjudicando á la severa disciplina que entre ellas reinaba, y que estaba resuelto á respetar la propiedad privada.

Á las siete de la mañana volví acompañado de un ordenanza á la casa á donde habia dejado á Lawley, y despues de haberme asegurado que se trasportaría á mi compañero convenientemente, volví á reunirme con el general Longstreet, que se hallaba en las cercanías de Chambersburg, ciudad de Pennsylvania que se encuentra á veintidos millas de distancia de Hagerstown. Yo iba acompañado á la division Mc Law, y observé que desde su entrada en Pennsylvania los soldados rompian las empalizadas á cada lado del camino á fin de dejar un espacio bastante ancho para que los furgones pudieran marchar de frente: este es el único daño que vi hacer en las propiedades particulares.

Aquella parte de Pennsylvania se halla en un estado floreciente; el cultivo de las tierras es inmejorable, y la densidad de la poblacion, comparada con la del Sur, es mucho mayor: como el general Ewell se habia apoderado del ganado y de los caballos, hallábanse en aquel momento interrumpidos los trabajos del campo. Al pasar por Greencastle vimos todas las casas y ventanas cerradas; los habitantes estaban en las puertas con su traje del domingo, y miraban pasar las tropas, pero esto no parecia agradales mucho; ni uno solo pudo quejarse de la menor violencia por parte de los soldados, pues habianse apostado de antemano en los principales edificios numerosos centinelas, cuya consigna era no permitir la entrada á los individuos de tropa bajo ningun pretexto.

Á eso de las seis de la tarde llegamos á Chambersburg, que es una ciudad bastante grande é importante: todas las casas estaban cerradas, y veíase á los habitantes en las ventanas de los pisos superiores ó en las calles, mirando con aire amenazador á las tropas confederadas, que marchaban alegremente al compás de un himno nacional.

Las mujeres, por lo general bonitas y elegantes, hacian observaciones desagradables, permitiéndose picantes epigramas; yo oí á una de ellas, que decia: «Hé ahí el ejército de Faraon que quiere atravesar el Mar Rojo!» Otras, señalando con el dedo á los andrajosos soldados del cuerpo de ejército de Hood, que tanto se habian distinguido siempre por su valor y arrojo, dejaban oír sus carcajadas burlonas, y en cierto modo, preciso es confesarlo, no les faltaba motivo para ello, pues toda aquella tropa tenia el aspecto mas miserable que se puede imaginar. Los soldados de Hood no iban vestidos como los demás; algunos llevaban á guisa de uniforme un pedazo de alfombra vieja; otros iban descalzos por haber perdido sus zapatos en los pantanos, y no exagero al decir que se asemejaban mucho á una cuadrilla de mendigos, mas á pesar de todo esto, hallábanse siempre de buen humor y tenian la mayor confianza en su jefe el

general Hood. Así pues, reíanse de las bromas y de las burlas de las damas de Chambersburg; una de ellas que habia creído de buen gusto ornar su pecho con una banderola con los colores del Norte, se hallaba á la puerta de su casa manifestando un soberano desprecio hácia los confederados que marchaban con los piés desnudos, y ya habian pasado varias compañías sin observarlo, cuando un soldado de Texas, aproximándose á la dama, le dijo: «¡Tened cuidado, señora, los bravos del general Hood son terribles cuando se trata de asaltar una fortaleza sobre la cual ondea el pabellon enemigo!» Al oír estas palabras, la dama creyó prudente retirarse sin contestar la menor cosa.

Colocáronse centinelas á la entrada de los principales edificios de la ciudad, prohibiéndose que nadie transitara por las calles excepto los militares de servicio. Algunos batallones marcharon directamente al camino de Carlisle para establecer allí su campamento, y otros torcieron á la derecha al salir de la ciudad y fueron á ocupar el terreno que se halla cerca de la barrera de Gettysburg. Yo encontré á los generales Lee y Longstreet acampados á tres cuartos de legua de la ciudad.

El segundo de estos jefes me recibió afectuosamente, presentándose á los mayores Fairfax y Latrobe y al capitán Rogers, que componian el personal de su estado mayor, y tambien hice conocimiento con el comisario en jefe, el mayor Moses, cuya tienda de campaña debia compartir luego. Este oficial es el mas alegre y divertido y el mas sociable de todos los hijos de Israel á quienes he tenido el gusto de conocer en mi vida; los demás oficiales agregados al estado mayor, eran: el coronel Sorrel, el teniente coronel Manning, el mayor Walton, el capitán Gorce, y el mayor Clark. Todos eran de carácter amable y se mostraban muy obsequiosos. En cuanto á mi compañero Mr. Lawley, hallábase en manos de tres doctores, Cullen, Barksdale y Maury, los cuales vivian con mas esplendidez que los mismos generales.

El mayor Moses me dijo que tenia orden de visitar los almacenes á viva fuerza, á fin de proveerse de todo cuanto necesitaba el ejército, pero esta visita debia hacerse con carácter oficial, dando recibo de todos los efectos y artículos que se recibieran á fin de reconocer el valor en moneda. De creer era que los propietarios de los almacenes se habrian apresurado á desocuparlos al acercarse el ejército del Sur, prescindiendo de que Ewell no habria dejado de apoderarse ocho dias antes de cuanto pudieran encontrar. Á pesar de todo esto, Moses tuvo la suerte de descubrir un cargamento de magníficos sombreros de fieltro que estaban en una cueva y de los cuales se apoderó.

Esta mañana he oído hacer la enumeracion de todas las tropas que han cruzado el Potomac, así como tambien de la artillería que llevan; las municiones son considerables, pues cuanto mas penetre el ejército en pais enemigo, menos fácil le será conservar las comunicaciones, y al hablar de esto, oí decir á varios oficiales del estado mayor: «En todas nuestras batallas hemos observado siempre el principio de reemplazar nuestras municiones agotadas con las que cogemos al ejército enemigo.»

Desde la toma de Winchester, Ewell no habia dejado de

adelantar por el territorio de Pennsylvania, enviando antes para repartir entre las demás tropas una gran cantidad de viveres y ganado, caballos, mulas y furgones; en aquellos momentos hallábase cerca de Carlisle, sujetando al pais á una contribucion y haciéndole sentir todo el peso de la guerra, peso tan grave para Virginia, que este Estado se halla ahora arruinado completamente. Las tropas seguian animadas de las mejores disposiciones y llenas de confianza en el porvenir.

DOMINGO 28 DE JUNIO.—Á escepcion de los generales, no es permitido á ningun oficial ó soldado entrar en Chambersburg sin una orden especial del general Lee, quien á duras penas la concede; algunos oficiales de elevada graduacion no han podido obtenerla.

Moses ha entrado hoy en la ciudad á eso de las once de la mañana y ha intimado á los habitantes á fin de que se le den raciones de tres dias para el ejército, amenazándoles con tomarlas á viva fuerza si no se las dan de buen grado. Acaban de presentarme al general Hood: es un hombre de elevada estatura, delgado, de mirada penetrante, aspecto grave y barba rubia, no tiene mas que treinta y tres años y ya se le considera como uno de los mejores generales del ejército; las tropas de Texas y de Alabama le adoran y se sacrificarían gustosas por él; antes era jefe de brigada, pero ahora está al frente de una division, y suele mostrarse muy severo con sus soldados á fin de reprimir sus tendencias al pillaje y al saqueo.

Hácia el medio dia llegué á Chambersburg y encontré á Lawley en una reducida habitacion del *Hotel Franklin*, pero me costó mucho trabajo penetrar en el interior de la casa, pues todas las puertas estaban cerradas con llave y se abrian solo para las personas conocidas. Lawley habia pasado el dia anterior muy mal y estaba rendido de fatiga, pero ninguno parecia inquietarse por su persona. Bien pronto me vi rodeado de media docena de comadres que me dirigieron groseros insultos, sin que bastara á contenerlas el decirles que yo era un inglés que habia venido para ver y no para combatir; aquellas matronas querian que yo fuese á la fuerza un confederado ó un *Yankee*, y entonces pude comprender que esta palabra es un término despreciativo muy usado entre las gentes del Sur. La vista del oro que ofrecí cambiar por algunos billetes, produjo, no obstante, el mejor efecto en mi auditorio, y poco á poco aquellas groseras mujeres, ignorantes hasta el punto de creer que los habitantes de Texas son mexicanos, se mostraron mas amables conmigo.

Cuando hube hecho lo posible para que se dispensara á Lawley un tratamiento mejor, salí de la ciudad con el objeto de ver dónde estaba Moses y su tropa: en vano habia esperado el mayor á que le trajeran las llaves de los principales almacenes de la ciudad, y al fin víose en la precision de valerse del hacha para abrirlos, lo cual se hizo mientras que los habitantes se paseaban por las calles con la mayor indiferencia, sin que al parecer les enojara aquella violencia. No se veian en la calle mas soldados que los que se ocupaban en romper las puertas de los almacenes.

Al volver por la tarde á visitar á Lawley, encontré en su

habitacion á un oficial austriaco que vestia el uniforme de los húsares de Hungría; acababa de obtener una licencia, y despues de vencer mil obstáculos y dificultades, habia conseguido cruzar el Potomac y reunirse con el ejército del Sur. Como me manifestara que su intencion era vestir el uniforme diariamente, le advertí que entre los confederados se observaba la regla de no tolerar ningun distintivo en el traje, y que cuando uno la infringia, esponiase á burlas é indirectas que siempre acababan por dar lugar á escenas desagradables.

Á las seis de la tarde volví al campamento, y ya entrada la noche, vi llegar al mayor Moses, que venia de muy mal humor por no haber conseguido el resultado que esperaba de su mision. Moses, sin embargo, no habia perdonado esfuerzo alguno para encontrar viveres, sufriendo con la mayor paciencia los insultos de las damas de la ciudad, que sin el menor escrúpulo le llamaron entre otras cosas pillo y ladrón, lo cual le importaba mucho menos que el no haber encontrado nada en los almacenes, bien porque los desocupara antes el general Ewell ó por hallarse ocultas las provisiones. El bueno del mayor tuvo pues que contentarse con un poco de azúcar y *whiskey* (\*), y aunque parecia desesperado, no le faltaba humor para contestar sin enojarse mucho á las picantes indirectas de sus compañeros de armas, que se complacian en hacerle repetir los epitetos que le dirigieron las damas de Chambersburg.

LUNES 29 DE JUNIO.—No hemos salido aun de Chambersburg, y el general Lee ha ordenado terminantemente que no se tomen represalias, lo cual ha producido por lo general muy buen efecto, aun cuando algunos se quejan de que no se les deje tomar una venganza que, en su concepto, es muy justa. Esto no debe estrañarse si se atiende á que un gran número de oficiales y soldados del ejército del Sur se hallaban ya arruinados completamente á consecuencia de las devastaciones de las tropas del Norte. En Chambersburg oí á un soldado decir á otro que no le gustaba permanecer en una ciudad donde se les aborrecia tanto, y por mi parte debo confesar que despues de haber visto los destrozos causados por las tropas del Norte en las ciudades del Sur, me sorprendia semejante tolerancia en los separatistas. Sin embargo, toda aquella parte de Pennsylvania que estaba poblada de holandeses, no parecia agradecer la conducta de los confederados; hubiérase dicho que no recordaban ya que las tropas del Norte habian hecho durante los dos primeros años de la guerra diez veces mas destruyó que las del Sur en el territorio enemigo. Los indigenas de Pennsylvania, de quienes ahora hablo, carecen de todo sentimiento patriótico; poco les importa una cosa ú otra con tal de que puedan sacar alguna ganancia, y abusan indignamente del Presidente Lincoln.

Por lo demás, en los ejércitos numerosos se encuentran siempre hombres de malas inclinaciones que solo desean

(\*) El whiskey es una bebida espirituosa del color del aguardiente, que se hace con cebada ó avena; tiene un gusto muy parecido á la Ginebra, y es bebida muy usual en Inglaterra, pero mucho mas en Irlanda.

el saqueo y el pillaje cuando pueden entregarse á él impunemente, y si bien es imposible atender á todo, puedo decir, segun mis propias observaciones, que los jefes confederados no omitieron nada para dispensar su proteccion á las propiedades de los particulares, y por cierto que lo consiguieron de una manera admirable.

El general Longstreet se muestra por lo general muy taciturno, pero esta tarde he logrado entretenerle hablándole de Texas, donde, segun tengo entendido, residió mucho tiempo. El general me habló de varias personas conocidas suyas y parecióme que le complacia oír la narracion de mis viajes en aquel territorio.

He visto hoy á los generales Pendleton y Pickett: el primero, jefe de artillería, era alumno del colegio militar de West Point, y en tiempo de paz desempeñaba un cargo episcopal en Lexington. Para Pendleton no es incompatible una profesion con otra, y cuando se le presenta una oportunidad para echar un sermón, no deja de aprovecharla. El general Pickett, jefe de una de las divisiones del cuerpo de Longstreet, tiene el cabello largo y rizado y su carácter me parece sombrío y melancólico.

MARTES 30 DE JUNIO.—Esta mañana, antes de salir de Chambersburg, el general Longstreet me ha presentado al general en jefe: Lee es sin disputa uno de los hombres mas hermosos de su edad que he visto en toda mi vida; tiene cincuenta y seis años, es de estatura elevada, ancho de espaldas, muy bien formado y de marcial continente; sus finos y corteses modales revelan la mayor dignidad, y, en una palabra, puede decirse que es el tipo del mas perfecto caballero. No conozco hombre alguno que tenga tan pocos enemigos y sea tan generalmente apreciado, y estoy seguro que en el Sur todos dirian á una voz que Lee es el hombre que mas se aproxima á la perfeccion, pues no tiene ninguno de esos malos hábitos tan comunes en el sexo feo, como son el de fumar, beber y jurar, y sus mas declarados enemigos no han podido jamás acusarle de tener inclinacion á ningun vicio. Viste por lo general una especie de paletot largo, algo usado, de color gris, un sombrero de fieltro alto, pantalon azul y botas á la Wellington, y jamás le he visto llevar armas; las tres estrellas que se ven en el cuello del uniforme constituyen el único distintivo de su rango militar, y para acabar de hacer su retrato, réstame solo decir que monta un magnífico caballo perfectamente enjaezado, y que todo en su persona y en su traje revela el mayor aseo y limpieza.

En el antiguo ejército se le consideraba como uno de los mejores oficiales, y al principio de la guerra civil se le nombró teniente coronel del segundo regimiento de caballería. Lee era rico, pero todos sus bienes han caido en poder del enemigo; creo que desde que es general en jefe del ejército de Virginia no ha dormido una sola vez en una casa particular, pues rehusa todas las invitaciones que se le hacen por temor de que la persona que le diera hospitalidad no fuera acusada, mas pronto ó mas tarde, por haber tenido esta atencion con el jefe del ejército rebelde. Las íntimas relaciones que existen entre él y Longstreet son las de dos hermanos que se aman con ternura; están juntos casi siem-

pre, y tanto es así que los oficiales y soldados de este último jefe se quejan de ello porque no pueden emprender ninguna expedicion aislada como las tropas del general Ewell.

De ningun modo se puede complacer tanto á Longstreet, como ensalzando á Lee; no creo que haya en el mundo dos generales tan poco ambiciosos y egoistas como estos, pues no aspiran sino á ver terminada la guerra para ir á descansar de sus fatigas en un oscuro retiro. Stonewall Jackson, que fué hasta su muerte el jefe de la tercera division del ejército, era tambien uno de esos hombres ingenuos y sencillos consagrados esclusivamente al servicio de su patria. El general Lee cumple escrupulosamente con los preceptos de su religion, aunque no lo daba á conocer tanto como Jackson, que no era como él miembro de la Iglesia anglicana. El único defecto de Lee, segun lo que he oido, es una escesa amabilidad.

Esta mañana se han enviado á Chambersburg varios soldados de Texas, con orden de destruir algunos barriles de whiskey que no se podian llevar: esto era poner muy á prueba la disciplina de aquellos hombres á quienes debia resistirse el destruir su bebida favorita, en una ciudad donde entraban por la primera vez, mas á pesar de todo se condujeron como bravos, cumpliendo con su deber.

Hemos recorrido seis millas por el camino que conduce á Gettysburg, y establecido nuestro campamento cerca de un pueblecillo llamado, segun creo, Greenwood; yo montaba el caballo de Lawley, pues mi amigo y el austriaco iban en la ambulancia.

Llegada la noche, me dijo el general Longstreet que acababa de saber que Hooker habia caido en desgracia, y que le sustituia en el mando el general Meade; el jefe separatista habia conocido á estos dos generales antes de la guerra, y me dijo que el segundo era un hombre muy respetable, pero no tan audaz como el primero. Despues hablé largo rato con algunos oficiales acerca de la batalla que debia darse muy pronto en el territorio donde nos hallábamos, y no en la direccion de Harrisburg, como se creyó en un principio. Ewell, que acababa de imponer una contribucion en York y Carlisle, habia recibido orden de reunirse con el ejército.

He notado que aquí todos confian mucho en el porvenir. Al hacer yo la observacion de que seria ventajoso en el caso de alcanzar la victoria tener preparada alguna caballería, á fin de perseguir á los desordenados batallones, quedéme sorprendido cuando me dijeron que no podia hacerse así, porque aquella no era á propósito para el caso. En efecto, los hombres del coronel Stuart, aunque excelentes cuando se trata de hacer alguna correría para cortar las comunicaciones, coger viveres, destruir las vias férreas y demás, no sirven para dar una carga en una batalla cuando las circunstancias lo exigen, y en esto no se parecen seguramente á los ginetes del ejército de Braxton Bragg. Llevan sables que no usan; sus carabinas y revolvers son las únicas armas que conocen, y cuando están á caballo tienen siempre el sable entre la pierna izquierda y la silla, lo cual les dá un aspecto algo cómico. Esto no impide que sean buenos ginetes y sus caballos son generalmente de buena raza; la in-

fantería y artillería no parecen hacer mucho caso de este cuerpo, y con frecuencia suele ser el blanco de las burlas del ejército.

MIÉRCOLES 1.º DE JULIO.—No hemos levantado el campo hasta medio dia, porque todas las tropas del cuerpo de ejército del general Lee debian precedernos en direccion á Gettysburg. Tambien debia unirse con nosotros en los alrededores de Greenwood una division de Ewell; el cuerpo de ejército de Longstreet formaba la retaguardia.

Esta mañana he trabado conocimiento con el coronel Walton, jefe que era antes de la artillería de Washington y ahora de la del cuerpo de ejército de Longstreet; es un hombre grueso que desempeñaba antes el cargo de comisario en Nueva-Orleans.

Poco despues de habernos puesto en marcha, atravesamos un desfiladero rodeado de esas montañas del Sur de cimbras azuladas cuya cadena corta el Potomac en Harper's Ferry; el paisaje que se desarrollaba á nuestra vista era espléndido y no pude menos de contemplarlo con admiracion. Las tropas que caminaban á mi lado pertenecian al cuerpo de ejército de Ewell, y entonces vi por primera vez la famosa *Brigada de hierro*, mandada antes por Jackson; aunque á primera vista me parecieron aquellos soldados iguales á los demás, observé luego que en general eran todos de edad mas avanzada y que no habia entre ellos recluta alguno; creo que, á escepcion de un regimiento, todos son hijos de Virginia. Como siempre han formado parte de un destacamento aislado, no conocian al general Longstreet sino por su reputacion, y muchos de ellos venian á preguntarme si el jefe que marchaba al frente de la linea era el de este nombre. Al contestar yo afirmativamente, ponian su caballo al galope á fin de ver mas de cerca el objeto de su curiosidad, bien natural en mi concepto. Esto me pareció un verdadero tributo de cariño hácia Longstreet, tratándose de soldados que acababan de hacer una penosa marcha.

Á las dos de la tarde empezaron á oirse distintamente algunas detonaciones, y aunque se repetian con mas frecuencia segun avanzábamos, no me pareció que la cosa fuese grave. Un espía que iba con nosotros mostraba gran empeño en hacer saber á todos que alrededor de Gettysburg y en el pueblo habia muchos enemigos. Despues de la revista que acabábamos de pasar á la division Johnston, tocó su vez á la brigada de la Florida, que forma parte del cuerpo de ejército del general Hill, pero estos soldados conocian ya á Longstreet por haber servido antes á sus órdenes: á uno que acababa de ver pasar á su antiguo jefe, le oí decir estas palabras: *¡Cuan to ha vuelto el viejo dogo, ruda será la jornada!*

Hácia las tres de la tarde vimos llegar algunos heridos, pero bien pronto aumentó el número de una manera sensible; los unos iban cojeando, los otros eran conducidos en camillas, y algunos, casi despojados de su uniforme, dejaban ver horribles heridas. Semejante espectáculo, tan repugnante para las personas que no están acostumbradas á él, no causa la menor impresion á los soldados, y no por ver á los heridos dejaban estos de entrar en fuego con la mas completa serenidad; en vez de entusiasmo, aquello pudiera cali-